

como su sombra; jamás el hecho de conciencia suscita el estado corporal ni se expresa en él. En la sociedad, afirman los otros, el fenómeno económico produce y manda al fenómeno moral, jurídico o religioso que engendra y gobierna el fenómeno económico. Según unos y otros, los elementos físicos elevados de la vida individual o la vida social son *los signos* de un determinismo material sobre el cual no tienen acción. Ni los primeros ni los segundos son siempre fieles a su doctrina, de tal modo ésta contradice el sentimiento natural, y lo mismo que los partidarios del epifenomenismo obran incensantemente como si creyeran en la causalidad de la conciencia, los adeptos del materialismo histórico escriben y hablan en el fuego de la acción, como si las ideas morales influyeran sobre las condiciones económicas, y como si cierta concepción de la justicia pudiera modificar, popularizándose, todas las relaciones sociales; pero cada vez que adquieren conciencia de su pensamiento propio y la distinguen claramente de lo que llaman «la ideología burguesa», afirman que las realidades económicas constituyen como la substancia activa de que los otros fenómenos históricos no son sino las manifestaciones superficiales.

¿Qué valor tiene, pues, esta afirmación?

Es cierto que no somos puros espíritus, y que nuestro lugar y nuestro sitio en el sistema económico, las condiciones materiales de existencia que nos proporcionan, las relaciones o los hábitos que nos imponen o nos permiten ejercen una acción profunda sobre nuestros gustos, nuestros principios, nuestra concepción general de la vida. Pero esta influencia, por ser poderosa, no es exclusiva. Nuestras maneras de vivir, nuestras necesidades, nuestros intereses determinan en parte nuestros sentimientos y nuestras ideas; pero nuestras ideas y nuestros sentimientos determinan parcialmente nuestras maneras de vivir y nuestros mismos intereses. Si el hombre sufre

la acción de sus condiciones de existencia material, responde a esta acción con su naturaleza propia, y su misma respuesta suele modificar las condiciones que la provocan. Por tanto, su naturaleza no tiene la sencillez que le atribuyen ordinariamente los marxistas. Si es un animal condenado por las leyes de su organización a perseguir fines egoístas, es también un ser sociable, es decir, inclinado a amar y ayudar a los otros, y como ser razonable, capaz de concebir y querer entre sus asociados y él relaciones justas y racionales. Por consecuencia, cuando cambia el medio económico, ese cambio puede provocar en él movimientos muy diversos; puede conducirle a reflexiones y a prácticas egoístas, pero también suscita en su conciencia emociones altruistas ó consideraciones de derecho contrarias a sus intereses personales y quizá a los intereses de los que ama. Si toda modificación que introduce la industria en las condiciones de existencia de los hombres no sugiere a las naturalezas más bajas, más que los cálculos de un utilitarismo mezquino, en cambio suscita en las gentes de corazón, según los casos, impulsos de piedad o movimientos de alegría simpática, y en los hombres íntegros una satisfacción de justicia o el deseo enérgico de luchar contra las nuevas iniquidades que se introducen en el mundo. Y puesto que los fenómenos económicos producen efectos muy diversos según los hombres y no son sino condiciones exteriores que no obran sino a través de las fuerzas interiores y más profundas, ¿no es quimérico querer que expliquen toda la vida de los individuos y de las sociedades?

Además, para comprender que es quimérico tratar la moral de una sociedad, de una clase o de un individuo como una expresión pura y simple de fenómenos económicos, basta reflexionar que esos fenómenos económicos de que se dice que resulta, han sufrido su influencia. En efecto, el régimen de la producción y de la repartición no evoluciona sino en el cuadro que se ha im-